

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TRES LECTURAS Y UN MITO

JAMES JOYCE Y LA DUBLIN CELESTE

—II—

NO conozco a los irlandeses, pero en Galicia tuve ocasión profunda de aproximarme a lo que pueden ser, pues ¿no cabe decir de Galicia lo que Bourniquel ha afirmado del espíritu irlandés: que, de Swift a Samuel Beckett, en su rechazo y acusación de la vida, puede tanto o más que la amargura, la aventura espiritual de quienes, conscientes de su soledad (su «soledad») no han reprimido su necesidad de comunicarse? De la mano de un ilustre gallego penetrante, Domingo García Sabell, inicié yo la comprensión del irlandés Joyce y de algo más rico aún: su condición de síntoma de una conciencia europea de entreguerras. Porque la obra joyceana, bajo la apariencia de una genial creación lingüística, a través del dédalo de sus epifanías o del terso barroquismo de «Finnegans Wake», es otro testimonio de esa impotencia moral y política que he creído ver este verano, junto al mar del norte, en Herman Melville y en Virginia Woolf.

En cierto sentido, Joyce replica a Melville a partir de unos supuestos muy similares. Si en la obra del americano domina la obsesión por la maldad humana y el papel engañoso de las apariencias, en la del irlandés lo que domina es la traición o la maldad que engaña, y que tiene como última causa la estupidez, la falta de lógica o la lógica absurda de las conductas «feas», inarmónicas, sin sentido. Diríase que, para Joyce, como para alguien a quien creo conocer muy bien, los males del mundo, de la sociedad y de la política se deberían, en último término, a que la Humanidad se halla en estado de imbecilidad.

Joyce no abriga esperanzas de redención social o humana. De acuerdo con Melville en que el hombre está solo, sin amor, expuesto a la felonía de los otros, mientras que el móvil de sus propios actos es equivocado, variable y contradictorio. Pero la fraternidad humana es imposible. Se puede soñar en culturas exóticas, en islas paradisíacas, pero nunca se llegará a ellas.

Joyce vive una Irlanda invadida, exiliada de sí misma y que lucha por su independencia. Su hipersensible identificación con ella y la insostenible contradicción que advierte en la coincidencia histórica de un nacionalismo liberador con una cultura nacional tradicionalista, clerical y primitiva, le llevan a sublimar, en el colmo de una lógica ordenación esteticista, la lucha irlandesa en el ensañamiento de una Irlanda ideal, don-

de la traición a la causa, la ambigüedad de la realización y el contradictorio afán de construir una nación libre a partir de una cultura atrasada queden, en algún sentido, superadas.

El hombre, el irlandés, es un Adán en busca del paraíso perdido, un Ulises en busca del reino de Itaca, un Telémaco que, alejándose, distanciándose de las batallas, espera —como, secretamente, Billy Budd-Melville— encontrar a su padre. La historia —la historia de Irlanda— es un simulacro. «La verdadera vida está en otra parte». Pero también es la crónica del infierno. El tiempo, la historia, Dublin, son el infierno terrenal. No el mar, como en Melville, pues el mar maternal que rodea a Dublin es la verdadera tierra donde asentar con seguridad los pies de la vida. El mar es, antes que madre, padre. El engendra la Historia, la Dublin temporal y terrestre, que dividida en guerras, asolada por las injusticias y las traiciones, irrecuperable en su entrañable estupidez y en el absurdo admirable de sus esperanzas y pasiones, acabará reabsorbida por las aguas negras del padre-mar (Dubh-Linn, mar negro, lo llamaron sus fundadores escandinavos) marcando el fin de la época y el comienzo de otra nueva, superior y de un mayor nivel de conciencia humana.

La Dublin ideal será el paraíso, la Atlántida, la Itaca de Ulises Joyce como para Melville las islas sin civilizar. Dublin, temporal y política, es cuna de vicios, debilidades y luchas. Como la Jerusalén celestial contra la terrena, la Dublin celeste es el mito sublimador de la impotencia joyceana. El mar infernal de Melville, poblado de islotes ambiguos, es en Joyce el laberinto de la familia, la patria, la religión; es decir, el levitán de la cultura nacional, que aprisiona al individuo. Salir de ese grotesco laberinto es como suicidarse y resucitar, es exiliarse por mar como Melville. El dédalo es el infierno, es el mal, pero sus pasillos sinuosos conducen a alguna parte. Para Joyce, por el símbolo del viaje interior del hombre a través de la religión para liberarse y ser, por fin, él mismo.

Ahora bien, salir es rebelión. Supone no ser ni amo ni esclavo, como en Camus, pero no es tomar el partido de las víctimas, sino entrar en comunión con la tierra. La tierra libera hacia el agua, hacia el padre mar. El mar es el corazón salvaje de la vida y el que permite descifrar el misterio de por qué estamos aquí y para qué. Desde la Dublin celeste, Joyce construirá una cosmogonía medievalizante, en la que el microcosmos personal se adecua al Universo en un intento de acabar con el tiempo, de superar la contingencia caótica de la historia contemporánea:

las guerras nacionalistas, la primera guerra mundial, los preparativos de la segunda.

La literatura sería el instrumento de un clasicismo estético, de raíz tomista, mediante el cual el espíritu, como Ulises, iría inventariando apariencias, de isla en isla, para reducir el caos y la confusión del mundo. Si la literatura en Melville expresa en mitos la lucha interior del hombre y la de éste con el Levitán, en Joyce es ciencia sola que ordena el universo y resuelve las contradicciones en una síntesis definitiva e ideal. Diríase que convoca sin miedo al inconsciente —el infierno interior de Melville— para explicarlo y dominarlo. Pero la irreverencia sarcástica de Joyce es más explícita y fundamentada. Su veredicto no condena a Billy Budd, sino a quienes lo cogieron. Así sintetiza Jean Paris el veredicto de Joyce: La civilización burguesa es ya incapaz históricamente de sostener su grandeza pasada, renovar sus valores y sobrevivir sin traicionar sus ideales.

Pero la sentencia no sabe cómo cumplirla el irlandés errante, el perpetuo exiliado Joyce. Su esperanza mítica está, como en Melville, en el encuentro del hijo con su padre, más allá de la falsa paternidad, que es convención social. La paternidad es espiritual, de hombre a hombre, hecha de amor no carnal (deseo de pureza como en Kafka, Melville y Virginia Woolf), en donde la madre, por ejemplo, no cuenta, y es más fraternidad que se busca que paternidad genesiaca. El principio femenino del agua es el que confiere al mar su carácter de padre maternal que reabsorbe la dualidad guerrera de la Historia fratricida. Al final de Finnegans Wake, publicada unos meses antes de morir Joyce y recién estallada la segunda guerra mundial, los ríos manriqueños de la vida y de la Historia van a dar al océano sin memoria, cielo inmortal donde habita la Dublin celeste y desde el cual —siguiendo los «corsi» y «ricorsi» de Vico— volverá a surgir, místicamente, una nueva era, una nueva tierra más ordenada, verdadera y buena. Más bella y más inteligente.

La fe de Joyce se alimentaba de su oído, de la secreta ordenación musical de su mundo. En su obra, aunque parezca que se ven visiones, lo que se oyen son voces de un más allá armónico, música de ríos y de mares, palabras de agua. Pero los cañonazos de la guerra, los cañonazos de todas las guerras, las bombas y disparos de la guerra de Irlanda, apenas nos permiten oír su voz.

J. A. GONZALEZ CASANOVA

MAYANS Y SISCAR

SOBRE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

CADA vez habrá que contar más con don Gregorio Mayans y Siscar. Para entender la situación cultural hispánica del siglo XVIII —eso que llamamos «la Ilustración»—, la figura de Mayans no sólo es imprescindible, sino enérgicamente fundamental. Hasta hace cuatro días, ¿quién pensaba en ello? Mayans tuvo mala suerte en vida, y la posteridad no le fue tampoco demasiado favorable: lo uno y lo otro, quizá, por motivos bastante parecidos. La historiografía «oficial» le ha sido tan hostil como lo fue la burocracia «cortesana», y, en efecto, ambas respiraban por la misma herida... Cuando el jesuita Casanovas publicó la correspondencia entre Mayans y Finestres —y fue antes del 36— ya quedaba explícitamente planteado el problema de una revisión profunda del Setecientos español. Nadie se quiso dar por enterado, entonces. Ni después. La mitomanía carpetovetónica no atiende a razones ni a documentos. Maraño, mientras tanto, salió con aquello de «Las ideas biológicas del padre Feijóo», libro tan honorablemente superficial como los demás que aquel ilustre sexólogo fabricó con temas de historia y se enroscó en el cliché. El Siglo de las Luces en su variante celtibérica quedaba enroscado a unos prejuicios de noticia y de interpretación tan capciosos como sectarios o —al menos— sectoriales. Pero algo va cambiando. Y con esperanzas de que, al fin, un día u otro, se pongan los puntos sobre las íes.

El mérito inicial es confuso y repartido. Por un lado, el esfuerzo del reverendo Casanovas encontró en el padre Miquel Batllori una prolongación brillante. Más sorprendente es el caso de mi querido y admirado amigo Vicente Peset, que, haciendo «historia de la Medicina», tropezó con Mayans, y nos reveló un Mayans increíble: de una capacidad de estímulo intelectual fuera de serie. Del paso de nuestro añorado Joan Reglá por las aulas de Valencia surgieron más iniciativas. Y puede que me olvide de alguna referencia más, obligada. De la cátedra de Reglá salió Antonio Mestre, clérigo erudito, conversable y liberal, que ha puesto y pone en el estudio de Mayans el entusiasmo del paisanaje: es nativo de Oliva, como don Gregorio. Pero, ahora, esta predisposición «revindicadora» encuentra un apoyo a su altura. Por una chamba sin precedentes entre los municipios del País Valenciano, Oliva ha tenido últimamente dos alcaldes singular-

mente cultos: «ilustrados», si vale la etiqueta. De Salvador Cardona, que es el actual, sólo podría escribir elogios, aunque, por ser míos, quizá fuesen contraproducentes. El caso es que, de las arcas y del ingenio del Ayuntamiento de Oliva, proceden ya cinco gruesos volúmenes sobre Mayans. La operación editorial es gloriosa. No creo que, salvadas las proporciones, tenga equivalente en otras parte de la dichosa Piel de Toro...

La conjunción de unos investigadores circunspectos y de una alcaldía «ilustrada», ha dado este resultado, y la expectativa de ampliarlo. Gregorio Mayans se tenía bien ganado este desquite. El fue el protagonista, no diré de «la Ilustración española», pero sí de «una Ilustración española». ¿La mejor, la única seria, la válida? Poco a poco lo iremos descubriendo Mayans fue un grafomano impenitente, y al lado de su producción bibliográfica estricta, ya abundante, dejó una cantidad de correspondencia tan sobrecogedora por su volumen como por el abanico de intereses intelectuales que abarca. No sólo su diálogo con Finestres es importante. Quizá otros lo son más, incluso. Y desde su casa de Oliva, Mayans no se cansaba de escribir cartas, de contestar las cartas que recibía de toda España y de media Europa. Hasta cruzó algunos papeles con el propio Voltaire, nefando por definición. Por ahí van las ediciones del Ayuntamiento de Oliva, de momento. Se trata de exhumar a Mayans completo: sacarle de los archivos, devolverle al examen actual, enfrentarle nuevamente a la enemistad de la eterna covachuela oclusiva. Esto es digno de las mejores gratitudes. Sobre todo, es un ejercicio de justicia. Bien mirado, el español internacional del XVIII, no fue Feijóo, ni lo fueron Flórez, ni Olavide, ni Jovellanos, ni el resto: fue don Gregorio Mayans. A través de su epistolario lo veremos. Como veremos el alcance de su influencia o, cuando menos, de su trabajo renovador y a veces revulsivo en el ámbito peninsular.

¿Qué pudo ser «la Ilustración» en la España borbónica? Por «Ilustración», en Europa, y más que nada en Francia —el «cómulo»—, solemos designar una actitud resueltamente sulfúrica contra las rutinas ideológicas del Antiguo Régimen. Los grandes apellidos de la época no dejan lugar a dudas: D'Alenbart, Di-

derot, Rousseau, Arouet... Al sur de los Pirineos no era tan factible el desahío. El Santo Oficio vigilaba, y aun sin el Santo Oficio de por medio la inclinación natural de los indígenas era la sacristía. Los «ilustrados» españoles, en general, fueron píos y apacibles. Pero el programa era eso y mucho más: a la «crítica» de las ideas, o de las supersticiones —y de las supercherías—, se sumaba la otra «crítica», la crítica como método, o sea, la «ciencia». No era fácil para nadie, el episodio. Menos que para nadie, para Mayans. Porque Mayans no se planteaba el problema en términos de «moda», ni por la vía del tebeo culto, al estilo del «Teatro» de Feijóo. De hecho, en más de una ocasión, don Gregorio expuso sus recelos frente a la ligereza con que otros «literatos» se entregaban a la seducción de las novedades galas —el «francesamiento» banal y tamizado—, y no entraba en sus cálculos escribir para una clientela profana y versátil. El, además, no necesitó maquillarse de «europeizante», puesto que, en realidad, ya era todo lo «europeo» que se podía ser bajo los Capetos hispanizados. La posición de Mayans tenía raíces locales muy firmes, y al reafirmarlas, chocó con la frivolidad y con el miedo combinados, y con la envidia, de tirios y troyanos. Son cosas que suelen ocurrir a menudo.

En la genealogía intelectual de Mayans hallamos a los «novatores» de las postrimerías del Barroco: matemáticos, filósofos, médicos, historiadores, que en el rincón de Valencia intentaban romper el hielo. Y también a don Manuel Martí, conocido —si conocido es— por «el deán de Alicante». Este señor, nacido en 1663 —treinta y seis años mayor que don Gregorio— procedía de otra tradición: la italiana. Más exactamente: del viejo humanismo renacentista, que se negaba a marchitarse en los círculos más refinados de la Curia romana. Para Martí, lo que contaba, en principio, era el «buen latín». A los siete pecados capitales añadió otro, y el más imponderable: el solecismo. El último libro proveniente de Oliva es el «Epistolario Mayans y Martí», apoyado en un muy exacto y meditado estudio preliminar de mosén Antonio Mestre. El deán Martí es otro proscribo de la cháchara universitaria. En vida, fue un tipo irascible, petulante y frustrado. Su desdén por la cultura española del momento no tuvo límites, y con razón. Todo le parecía improvisado, ñoño o frailunamente

infame. No se equivocaba. Aparte los rasgos patéticos de sus cartas en castellano —«Yo estoy ciego, yo estoy ciego, yo estoy ciego», escribe en una posdata penosa (1732), aludiendo a la enfermedad de sus ojos—, el deán de Alicante se indignaba diariamente ante la «bárbara nación» donde había venido al mundo y donde le tocó morir. Mayans, que fue otro cascarrabias de ahí te espero, tuvo una gran paciencia con Martí. Lo cual dice mucho a favor de don Gregorio. Don Gregorio aprendió mucho del deán de Alicante...

Lo que Mayans aprendiese de Martí forma parte del mecanismo visceral de la «Ilustración» española. Es una veta curiosa, en el embrollo polémico del siglo. Martí no había congeniado con Voltaire, ni con Rousseau, ni con la plantilla de la Enciclopedia. Su mundo era otro. Pero se aficionó a Gassendi, gozaba con los escritos de Lucrecio, alabó a los escépticos, y hasta pudo parecer más estoico que cristiano. No exageraré la nota. No me atrevería a sostener que don Manuel, eclesiástico irreprochable, hombre de fe, máxima jerarquía de su Colegiata, nunca tuvo la menor veleidad de heterodoxia. En su soledad, iba a su aire: seguro de sus pasos, y sin pensar en lo que sospechaban de él su obispo o cualquier familiar de la Inquisición. En cierto modo, le respetaban. Mayans fue poroso a sus lecciones. ¿Hasta qué punto? Conveniría puntualizarlo. La admiración de don Gregorio por don Manuel fue inmensa. Pero Mayans ya pertenecía a otro contexto cultural. Quiso ser un «humanista» cuando ya nadie lo era, o casi nadie, en España, y ni siquiera osó reflexionar de veras con Lucrecio, con los escépticos, con los estoicos... Fue su lado timorato. Cuando Mayans publica un libro hagiográfico —la vida de no sé qué santo o santa—, el deán le tira de las orejas. Le parece una pérdida de tiempo, si no una tontería. Eso es un síntoma de «Ilustración» bastante más claro que las reticencias eruditas frente a los cronicones... Por ejemplo. Hablar de Mayans es hablar de Martí, de Finestres, de Burriel, de los médicos, de mucha gente más... El asunto no tiene nada que ver con la verborrea de los «ilustrados» del escalafón del Reino. Quedan pendientes muchos interrogantes...

Joan FUSTER

PROGRAMACION IBM

- * Curso SUBVENCIONADO y adscrito a la Universidad para procesar programas.
- * BOLSA DE TRABAJO y Equipos de Proceso de Datos para el inicio laboral.
- * PRACTICAS reales sin limitaciones al disponer de Ordenadores 360-30 y 370 que le permitirán trabajar como programador.
- * TEST de aptitud gratuito.

ESCUOLA DE INFORMATICA

Avda. José Antonio, 392 (Pl. España), Tel. 323 08 47
Calle Aragón, 112 (C. Urgel), Tel. 254 30 08

ESTUMER

LENTILLAS
BLANDAS O RIGIDAS
SON ESPECIALIDADES TECNICAS DE
GABINETES CLINICOS

Audiolens

Av. de la Luz, 18-20. Tel. 317 46 97. Barrio de San Juan

GRADUADO ESCOLAR

- * CURSOS A DIFERENTES NIVELES. Rigurosa seriedad.
- * LIBROS GRATIS y folletos informativos con programa y disposiciones legales.
- * PRECIOS y GARANTIAS de enseñanza UNICOS en modernas instalaciones. 15 clases semanales. Duración 8 meses.
- * POSIBILIDAD de seguir 5 y 6. reconocido en nuestra escuela.
- * Horarios de MAÑANA TARDE y NOCHE.

MATRICULA ABIERTA
HASTA EL DIA
EN LA
SECRETARIA

27
SEPTIEMBRE

Avda. José Antonio, 392 (Pl. España), Tel. 323 08 47
Calle Aragón, 112 (C. Urgel), Tel. 254 30 08

ESTUMER